

En torno a la construcción de la historia nacional.
Una polémica rescatada al olvido

Real de Azúa - Barrán

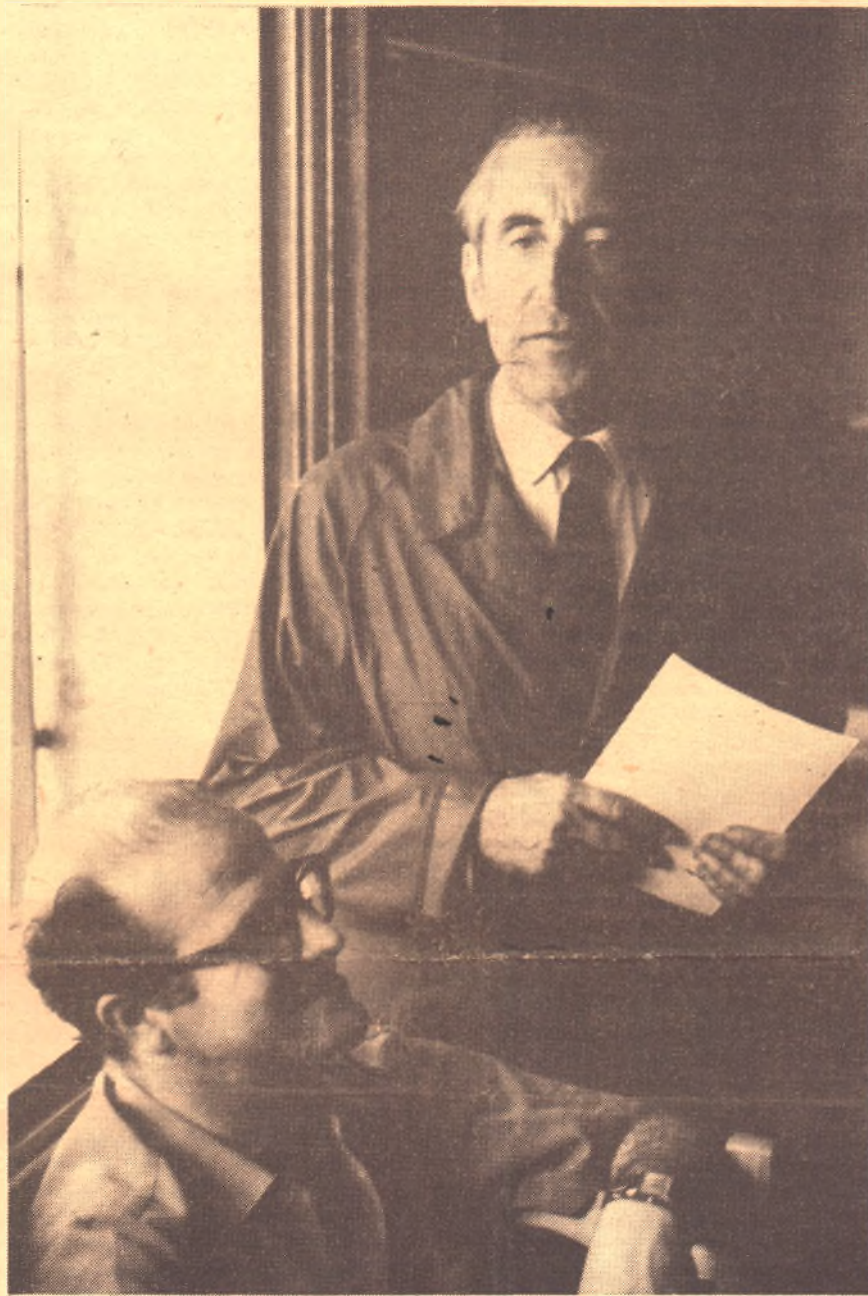
Los años iniciales de la "era militar" le descubrieron a muchos de los miembros de la hasta entonces "sociedad tolerante" los rasgos más oscuros del fascismo, conocido como referencia y no como experiencia. En nuestro caso, la característica más saliente fue el ataque sistemático a la cultura.

Las escasas oportunidades para recrear los acontecimientos circundantes se redujeron a los encuentros fortuitos, a las reuniones familiares o a las oportunidades que ofrecían ocasionales centros de reunión que sobrevivían al desastre. Entre estos, el local de "Banda Oriental" —Yí entre 18 y Colonia—, seguramente por la idiosincrasia de sus integrantes, y sin lugar a duda por una similar manera de observar, de pensar, de querer y de servir al país, se convirtió en punto de reunión habitual para un reducido mundo intelectual.

En el "año de la Orientalidad", Real de Azúa aprovechó —recurso habitual en él— la aparición del 4o. tomo de la "Historia Uruguaya" a cargo de José Pedro Barrán, para reflexionar en torno a diversos temas —muy sentidos desde siempre— y en los momentos de crisis como el que se vivía contribuía a poner en duda los cimientos sobre los que se asienta la "construcción nacional". Su diálogo abierto, esto es, la posibilidad de que todos los habitués de "Banda" pudieran leer y repensar aquellas líneas (que quedaron en un tablero en la editorial, hasta que engrosaron su archivo), posibilitaba extender y tratar de romper el círculo propuesto por el sistema. La viabilidad del país, la vigencia de los partidos políticos, el papel de las ideologías y el de los intelectuales como portadores y subvertidores del orden, las categorías históricas reducidas por un análisis parroquial, todo ello aparece condensado en pocas hojas. Compatible o no, el acicate de aquella crítica medida y respetuosa que pone en duda convicciones largamente adquiridas, nos permite la lectura de una respuesta que con sobriedad admite los reproches del amigo y maestro, pero que sabe adoptar con precisión una consideración propia, capaz incluso de matizar las concluyentes propuestas.

Y por lo demás, incorpora y humaniza al sujeto investigador, nos desnuda al hombre y "sus carencias", las propias y las que le impiden "comprar libros por los tristes momentos que se vive"; el mismo José Pedro capaz —junto a su colega Benjamín Nahum— de mantener una perseverancia y un riguroso respeto a un plan de trabajo iniciado pacientemente hace 25 años, que ni siquiera la dictadura pudo detener.

Jaime Klaczko



En pocos días (16 de julio) se cumplen nueve años del fallecimiento de Carlos Real de Azúa. A cuenta de un análisis exhaustivo de su obra, LA LUPA recupera para sus lectores una sentida semblanza de Angel Rama, quien en el exilio adjudicó la muerte de su amigo entre los debes de la dictadura.

Para dar una dimensión más completa de lo que fue su magisterio intelectual, reproducimos un intercambio de reflexiones que sostuvo con José Pedro Barrán, tratando de quebrar la censura que se pretendió imponer al mundo de la cultura a través de un original recurso.

La carta de Real de Azúa

Montevideo, 20 de febrero 1975

Estimado Barrán:
Te felicito ante todo por el excelente trabajo de tu Uruguay pastoril y caudillesco, con el que pienso que tanto por su calidad como por el período que cubre debía haberse iniciado la colección. De cualquier manera es seguro que toda ella tendrá éxito y vida larga y a ti entre otros se deberá aquél y ésta en buena parte.

Viene ahora una queja, expresión que no me es habitual proferir y más originada en un juicio o en una mención en letras de molde. Supongo que no me incluirás entre esos autores que erizan la cola como un escorpión ante cualquier

referencia que no consideren bastante elogiosa. nunca he mandado unas líneas de esta naturaleza y espero no volver a hacerlo. En síntesis: considero que tu recuerdo (pág. 95) a mi juicio sobre Flores como "el mayor traidor de nuestra historia", "juicio apasionado", ya que la "historia no es un tribunal que imparta justicia, condene o absuelva" no es a su vez equitativo y no luce la finura y equilibrio que caracteriza toda tu obra. Bastantes enemigos o rechazos me ha merecido ya este dictamen, subrayado indebidamente por la inventiva rotulesca de Carlos Núñez, como para tener derecho a esperar que amigos y/o escritores históricos de tu calidad no sigan por la misma vía. No impongo a nadie la memorización puntual de mis textos pero si lo hubieras tenido a mano, podrías haber ad-

vertido —no es la primera vez que yo lo he hecho—, podrías haber advertido digo, que está amonestado por una oración condicional grande como una casa. Era más o menos, me cito de memoria: "si el Uruguay fuera o hubiera sido una nación de la consistencia y entidad" de las grandes naciones de Europa o de algunas de América: creo que citaba a México y a Chile. Parece obvio que pensaba como pienso ahora que en 1865 el Uruguay no era tal ni tenía tal consistencia, que todo el Río de la Plata representaba un área regional con contornos nacionales bastante mal definidos y cruzados por afinidades infra o supra fronterizas fortísimas, y que por todo ello, por ende, las acciones de Flores no tuvieron la significación que en la condición inversa, hubieran tenido. Sin esto el juicio queda

caricaturizado y ello es lo que les he recordado siempre a los que me lo enrostran. Si son éstos meros lectores apurados o gentes ajenas y sin calificación no me importa; en casos como el tuyo sí me importa. Creo, por otra parte, que en el Patriado, en algunos estudios sobre Berro y sobre Ejército y política insertos en Cuadernos de Marcha, en tres o cuatro cuadernos de "Capítulo Oriental" hay algunas consideraciones más idóneas sobre fenómenos y personajes de esta época que la que tu malhadadamente enfatizas por cincuenta años más. Aunque pienso que la historia no es indesclosable del juicio moral (toda la cuestión es muy complicada) en ningún texto mío, supongo, funciono como un dómينو repartiendo palmeta en mano premios y castigos. (1)

Saliéndome un poco de la referencia voy a extenderme a una reflexión que condensa algunas conversaciones o cambios de ideas siempre muy apurados y laterales. Pienso en suma que la poderosa influencia de Pivel sobre ustedes, los ha llevado a aceptar sin suficiente crítica algunos dogmas del neo-tradicionalismo historiográfico que van a representar, que ya están constituyendo una rémora en la labor de las generaciones que le siguen.

Uno es la adhesión demasiado incondicional a la tesis de la antigüedad del independentismo uruguayo, esa línea que parte de Ramírez y Bauzá y llega hasta Pivel mismo a través de Herrera y del pobre Blanco Acevedo y con una sola excepción de real categoría: la penetrante y equilibrada de Eduardo Acevedo. Dentro de pocos meses, orquestado todo por el general y los "profesores" de marras vamos los orientales a sumergirnos en esas aguas espesas y no hay necesidad de extenderse más en el asunto.

Otra, muy peculiar, es la de la inexorabilidad e indestructibilidad de un sistema partidario y de unos partidos ya no digamos en 1950 o en 1900 sino en 1850 o en 1865. Berro, según tú, "vivió en la utopía" porque quiso prescindir de ellos, etc. Este problema gira en cierto modo sobre una cuestión de definiciones de las llamadas "estipulativas". Es posición dominante en la sociología política universal que hasta bastante avanzado el siglo XX no existieron en el mundo "partidos" cabalmente entendidos, con estructura de tales, con base de masas significativas, con sistemas de movilización, socialización y comunicación de cierta entidad. Lo que existió durante el siglo XIX fueron "faciones" políticas de los sectores altos a veces formadas en torno a rivalidades puramente personales, "caucus" y cónclaves, "cuadros" y una cierta disponibilidad de la población restante a respaldarlos en ciertas circunstancias obedeciendo a determinados clivajes de tipo socio-económico, o regional, o religioso, o ecológico, etc. El Uruguay del siglo XIX es en ciertos aspectos un caso bastante excepcional pero ¿eran más partidos estrictamente entendidos por lo menos hasta 1890 el partido colorado y el partido blanco que el partido federal o el partido unitario? Todo esto es muy complejo y falta una sociología histórica de nuestros partidos, pero de cualquier manera es arriesgado opinar muy tajantemente si no se tiene una idea clara del asunto. Pivel creo que no la tiene ni la tuvo, lo que en buena parte es explicable por la índole estrictamente historiográfica y documental de su cultura: no es casual que en los dos volúmenes de la Historia de los partidos políticos el lector jamás consiga tener la más leve idea de "lo que eran" esos partidos de

cuyas oposiciones, negociaciones y circunvoluciones se da tan puntual noticia. El trabajo histórico tiene que utilizar a menudo categorías conceptuales socio-políticas, económicas, antropológicas, culturales, ideológicas, etc. que no sólo no salen de la historia misma y del más rico conocimiento de su material sino que, proveniente de otras disciplinas culturales o científico-sociales, deben ser muy precisamente estipuladas para que la labor de sistematización no resbale sobre un tembladeral. Berro, para volver al tema, es posible que haya vivido en la utopía —agrario-jacksoniana, como tal vez diría Parrington— pero no por haber querido extinguir unas facciones revoltosas de periodistas escandalosos y militares separados del escalafón. Todo eso se arreglaba ejerciendo la presión suficiente y mediante ciertas artes de negociación y compromiso en las que hay que reconocer que el chacarero del Manga no fue, muy ducho. Pero fue sobre todo la incidencia inconstante de la "variable exterior" (Buenos Aires, Brasil, el Paraguay con su cerrazón y su torpeza) la que falló en la tentativa y no ninguna incancelabilidad, ninguna inexorabilidad de un sistema partidario que en puridad no existía. No sé si los historiadores que todo lo insumen en precedentes estrictos aun en la interpretación de los sucesos de nuestros días serán capaces de tener ojos para un proceso como el de Brasil, en el que todo un sistema partidario (aceptemos que más débil, menos tradicional que el uruguayo) quedó descartado y montado otro en su lugar que parece dotado de un índice muy aceptable de viabilidad. No sé, pero lo dudo.

El tercer punto es algo menor y tiene que ver con el uso y aun el abuso de la antítesis "doctores y caudillos". Inventada por Zum Felde y empleada luego por Pivel como clave de los antagonismos políticos y sociales del Uruguay tradicional me resulta literal-

mente mondan y sobre todo ideologizante en el peor sentido del término, en cuanto tiende a recubrir bajo la vistuosidad de un solo antagonismo la real complejidad de fuerzas y tendencias sociales que tendían a articularse políticamente y a incidir en los procesos del poder y del cambio. Es ideologizante también en cuanto conlleva una carga valorativa ostensible y esa carga se da a favor de los caudillos y en contra de los doctores. Sobre los primeros no vale la pena extenderse y te hago el honor de no suponerte comulgando con las ruedas de molino de su carácter "democrático" (confundido deliberada o indeliberadamente con su índole "populista" o "mimo-demótica" de algunos de ellos y no de todos) y otras zarandajas del revisionismo craso. Supongo que conoces el estudio de Tulio sobre el origen de los caudillos y el posterior y excelente librito de Ruben H. Zorrilla. La hostilidad a los "doctores", esos oligarcas alienados y vendepatrias en la que yo también alguna vez comulgué es explicable en Herrera, por muchos, complejos y más bien desapacibles motivos, es explicable también en Bauzá y en Pivel por motivos de privación personal. Pienso con todo que, si se atiende a que en una sociedad de clases muy tradicionales como el Uruguay pastoril lo era, los "doctores" representaban el sector culto de la clase alta y media, los "intelectuales" en suma, el aborrecimiento a ello revela una faz más auténtica; más radical de la que ha solido presentar. La diatriba de los "doctores" (ustedes mismos han mostrado con cuánta lucidez algunos —Ramírez, Costa, De Pena, Herrera y Obes— supieron ver a veces) es en el fondo la diatriba del intelectual tan común a todas las posiciones conservadoras y reaccionarias. El intelectual es malo porque crítica, porque no se queda tranquilo y subvierte a la gente, porque propone alternativas (siempre "utópicas"), porque no se conforma a los dictados del poder. Entonces, como no es analfabeto es "elitista", como mira a modelos que no son los del raído contorno es "alienado",

porque no se conforma al mínimo nivel no es tan "democrático" como el caudillo, paternal pastor de peones, animales y miles de cuadros o el espadón de cuartel. Todo esto es una simplificación, es claro, pero es para subrayar de algún modo por la vía de la contracaricatura de dónde viene el embate indiscriminado por parte de una postura que todavía estaba repitiendo esos argumentos el 27 de octubre de 1973.

Corto todo esto y abrevio: si el debate era entre doctores y caudillos, ¿qué vela hay que darles en el entierro a Pereira, a Berro, a Juan María Pérez, a Doroteo García, a Juan Miguel Martínez, a Juan Jackson, a José Pedro Varela, a Latorre y a tantos más que ahora olvido? ¿No te parece, que la antítesis como digo es escasamente receptiva y tenebrosamente inducida desde el punto de vista ideológico?

Tengo para mí que ustedes y otros han tomado tan sin crítica y sin desbastar las bastas categorías herreriano-zumfeldiano-pivelianas porque importándoles primordialmente otro nivel de la historia —el económico, técnico y social— les resulta más cómodo adoptarlas. Pero eso se paga o habrá de pagarse con un peligroso "desarrollo desigual" de nuestra historiografía y me gustaría que hubieras leído el ensayo de Julliard en la bastante reciente compilación de "Faire l'Histoire" para advertir cómo también la historia política e ideológica y la historia tan desatendida de nuestro "national-building" debe ser hecha con similar pulcritud a la que ustedes ponen en el dominio propio. Con similar pulcritud y no con estereotipos de mesa de café. Hay quienes queriendo imponer una imagen muy específica de algún plano del desarrollo nacional —pienso en Julio y el resto de su equipo— prefieren de algún modo mimetizarse —lo digo sin sentido peyorativo— en otros planos bajo las convenciones de la historia más tradicional. Es obvio que no me parece la mejor solución y es claro que no es el caso de ustedes, pero puede ser una tendencia generacional muy difundida que lleve a ese "desarrollo desigual" de que hablaba.

Disculpa este largo y polémico texto que empezó siendo unas pocas líneas de reproche amable y en el que no debes ver ninguna amargura. Pero el diálogo es demasiado corto, el ambiente demasiado cerrado como para no aprovechar el impulso una vez que uno está ante la máquina. Si hubiera algún semanario amigo hubiera vestido mejor estas líneas y tal vez, las habría convertido en una carta abierta. Como no conozco tu dirección actual, abierta en realidad te la voy a dejar en "Banda Oriental" por si el Benja quiere leerla y porque no tiene nada, en realidad, de secreto ni de personal.

Cariños a Alicia y a tu hijo,
tu affmo.

Carlitos.

(1) Admito, sí, que todo el artículo sobre "las dos dimensiones de la Defensa de Paysandú" está escrito con pasión, una calidad que no creo que tenga por qué dañar automáticamente a la percepción de la realidad. Pero no es una pasión partidaria, claro está, sino derivada de la creencia de que allí se frustró u oficializó la quiebra de la posibilidad de un desarrollo nacional-confederal autónomo. Hoy creo menos en que haya existido esa posibilidad y sobre todo mucho menos en la consistencia del componente paraguayo. De cualquier manera creo que está entre los casos de "desarrollo frustrado", tipo el de Egipto anterior a 1840. Con más potencialidades de ser, sí, de algún modo, que el modelo de desarrollo autónomo cuya incipiente se advierte hoy en las valoraciones presentes del artiguismo y que éste sí, sin ciudad, sin busguesía, con unidades locales asfixiadas por el aislamiento, con un lazo político casi nominal, en manos de oligarquías locales ultratradicionales, fue siempre imposible.

Respuesta de José Pedro Barrán

Montevideo, 25 de febrero de 1975

Estimado Carlitos: En primer lugar, debo agradecerle sus líneas. Hacía tiempo que nadie nos hacía una crítica constructiva, y la suya lo es. Luego de publicado el primer tomo de la Historia Rural leímos algunas notas (creo que recordará la de Vázquez Franco), y de inmediato el silencio cayó. Ni el segundo tomo, ni el tercero, ni el cuarto, merecieron una sola apreciación que importara en el único semanario que nos importaba (por supuesto, Marcha). Fue sólo a través de algunas charlas aisladas y siempre cortadas por la campana del Zorrilla que Ud. me dio su opinión y me hizo algunas observaciones. Nadie más se ocupó. Por ello, otra vez el agradecimiento.

Debo explicarle el proceso psicológico que me llevó a tratar de definir al personaje Venancio Flores. La colección de Banda Oriental está destinada al gran público pero creo que será también leída por los estudiantes de preparatorios. Debía entonces planear sobre ella, a mi entender, eso que se llama pretenciosamente "objetividad" y que para mí es mostrar tantas caras como sea posible de la medalla, o sea, las diferentes perspectivas del hecho histórico y sus protagonistas. La objetividad no excluye el juicio, por supuesto. ¿Pero en el siglo XIX, hacerlo en relación a qué criterio? Creo que el único válido es aquel referente a si una situación sirvió o no los intereses de "los más infelices", es decir, si una política se puso o no al servicio de las clases populares. Y bien, sospecho que nuestras guerras civiles —tal vez la excepción, y no ha sido bien esclarecido el punto, sea Aparicio Saravia—, fueron conflictos dentro de la muy reducida clase alta oriental. No pienso que Berro, por ejemplo, encarne mejor los intereses populares que Flores. No hay en su política interna ningún indicio que permita afirmar su aproximación a Artigas. La policía de la campaña persiguió a los "vagos y malhechores" con la misma finalidad y similares métodos que pondría en práctica Latorre veinte años después. No parece existir en Berro otra conciencia sobre "el poverrierio rural" que la imperante en las clases altas de la época: reprimir, a lo sumo colonizar la región fronteriza con algún oriental "recuperable". ¿Cuál puede ser, entonces, otra piedra de toque para el juicio en relación a los hechos del siglo XIX, si la mayoría de ellos consisten en movimientos sobre un tablero en que los dos jugadores parten de los mismos supuestos clasistas?

Supongo que lo puede ser la relación del hecho y sus protagonistas con la "nación". Y no porque la nación me interese en sí (aunque tal vez algo de ello ocurra), sino porque creo que su defensa, en última instancia, iba a permitir a las clases populares alcanzar el rol que sistemáticamente se les había negado. Defender la "orientalidad" era defender uno de los postulados básicos del artiguismo, aunque fuera en otro contexto temporal. Para defender y definir la "orientalidad" había que poner en tela de juicio todo el modelo económico-social que las clases altas habían construido, pues con ese modelo la orientalidad no es perdurable, y si se mantiene es por el mero milagro de los impulsos externos que cada tanto tiempo recibía —y recibe— nuestra economía. En este sentido, orientalidad y crítica del orden establecido eran (y son, pienso) sinónimos. Esta idea la hemos desarrollado en el tomo II de la Historia Rural, como Ud. ya sabe, al estudiar la crisis del 90.

Pues bien, tomando como piedra de toque ese otro concepto, no pude hallar a Flores traidor a la nación por los motivos que Ud. ya ha leído. Desaprensivo, poco



HEBER RAVIOLO, profesor de literatura, lector, editor, siempre rodeado de papeles en el viejo local de E.B.O. en la calle Yí.

... el local de Banda Oriental en la calle Yí era mínimo, irremediamente poblado de restos de papeles, cigarrillos y libros en desorden; el café, incansablemente traído desde el Año de enfrente, era el pretexto para cálidas reuniones donde se intentaba mantener un espacio que —en aquellos terribles años— ya no existía. Hasta ahí llegaban Vivian Trias, Reyes Abadie, Castellanos, De Torres y un conjunto de variada gente de historia que, cuando confluía con los literatos (liderados por Domingo Luis Bordoli) gestaba —tangos y grapa mediantes— recordables reuniones. Más o menos en esos días, se iniciaba también lo que después se conoció como Canto Popular y algunos casetes aún rememoran cálidamente el ámbito reducido pero fundamental, que habíamos logrado mantener.

Ese poco espacio físico fue, sin

embargo, el escenario donde (cerrada cualquier otra posibilidad) Carlitos Real de Azúa y José Pedro Barrán dejaron estas notables cartas abiertas en torno a la historia, la historiografía, la crítica y mucho más. Había que verlos: la entrañable, grave y amena figura de Carlitos subiendo las precarias escaleras de Banda para dejar su carta y el joven José Pedro quien trae su respuesta con igual cuidado por las delicadas formas con que se trata a los seres que uno quiere y admira. Episodio que el tiempo reaviva en su cabal y preciso valor y todo un documento (como los daguerrotipos) que hoy recordamos con afecto. Afecto que impregna las entre líneas de este testimonio de quienes en un país desangrado, mantuvieron los hilos vitales, las vertientes fundamentales de valores que no debíamos perder.



BARRAN: el rigor, la honestidad intelectual, la respuesta franca y abierta.

cuidadoso, arriesgado, es el juicio que se desprende de las páginas de mi trabajo.

¿Por qué, entonces, si bastaba con esto, cité su nombre? Seamos sinceros. La culpa la tiene el gran éxito del libro de Machado, aun y sobre todo entre los estudiantes. Machado ha popularizado en muchos aspectos el peor revisionismo uruguayo y argentino, y lo ha hecho con un carácter en extremo dogmático, rasgo que lo hace todavía más atractivo para los adolescentes o los que poco conocen de nuestro pasado. No dejo de reconocerle méritos a su obra, pero ahora estoy analizando su postura al tratar temas políticos del siglo XIX, postura que le hizo decir a alguien que era "socialista como costilla de bagual". Ha creado otro mito al pretender destruir el de la historia oficial. Y a ninguno de nosotros dos, lo sé, nos gustan los mitos.

Desaba, entonces, que mi texto fuera un antidoto. Que se observaran los fenómenos con imparcialidad y explicando las razones que aducían para justificar su conducta todas las partes en conflicto. Por ello tuve particular cuidado al exponer la Guerra Grande y la Revolución Florista, temas "calientes" del período que me tocó en suerte. Al hacer ello recordé que el autor más enjundioso —más "notable" lo llamo— del cual partía el juicio que Machado decía suscribir enteramente, era usted. Pensé: no lo cito por su nombre porque lo estimo demasiado para criticarlo por algo que siempre me pareció una página suya arrebatada, poco acorde con su extraordinaria fineza intelectual. Y luego —le estoy contando mi proceso mental— recordé que una vez Vázquez Franco me había reprochado haberlo criticado sin citarlo, incluyéndolo en un simple "se ha dicho", forma que, según parece, y puede que sea así, resulta más peyorativa que la mención de quién lo ha dicho. Entonces puse su nombre, añadiéndole el calificativo de "notable" para distinguirlo, en el sentido real que esta expresión tiene.

Pero, Ud. también debe leerme con atención —o, mea culpa, yo escribir mejor—; dije: "Algunos historiadores uruguayos... el más notable, Carlos Real de Azúa, han enjuiciado con severidad la conducta de Venancio Flores. Repitiendo la exaltación reinante en 1865 se le ha calificado como el mayor traidor de nuestra historia". En otras palabras, quise decir que Ud. lo había juzgado con severidad y que otros —precisamente Machado en larga cita que de Ud. hace— lo llamaban el mayor traidor, de ahí el "se le ha calificado".

Por desgracia no tengo ante mí el artículo de *Marcha* en que Ud. llamaba

así a Flores, sino simplemente el libro de Machado en que cita in extenso su juicio. Ud. mismo ha reconocido en su carta cierto grado de pasión, que incluso no le parece mal. Vaya un pecadillo suyo por otro, tal vez más grande, mío.

Pero el más grave de mis pecados Ud. lo señala magistralmente, como es su costumbre. Me acusa de cierto "neotradicionalismo" o de utilizar demasiado los criterios "pivelianos" en materia política, en particular en el uso de la antinomia doctores-caudillos y la inexorabilidad del dualismo blancos-colorados.

Aunque acepto en buena medida esa crítica, desearía formularle algunas precisiones. Creo que es un poco injusto con Pivel. Si bien en la primera edición de la *Historia de los Partidos* el criterio histórico puede hoy en día parecerse anticuado, cuando reeditó o mejor sería decir, reescribió el tomo II (1828-1838), se preocupó tanto de los hechos como de aclarar conceptos, en particular los que se tenían en 1830 sobre la función y el sentido de los partidos. Tanto es así que substituló la obra con rigurosa precisión "La definición de los bandos" y no de los "partidos", como pudo haberlo hecho, si hubieran permanecido inmutables sus esquemas historiográficos.

También me parece algo injusto conmigo, pero ya menos. Fue mi intención, al menos, integrar la evolución política con la económica y social. Que se entendieran qué supuestos políticos tuvo la llamada fusión, el renacer de los partidos y la toma final del poder por los militares. Y en este sentido mi texto no tiene mucho que ver con los criterios de Pivel ni creo que éste apoye mis conclusiones al sugerir que la vida política nacional estaba condicionada por factores económicos, sociales y culturales.

Pero, en el plano de la descripción y caracterización de los fenómenos políticos tomé lo ya hecho, sin mucho espíritu crítico ni análisis. Tampoco manejé con propiedad el lenguaje de las ciencias políticas, tanto es así que, como no estoy seguro que nuestros partidos merezcan ese calificativo en el siglo XIX, los llamé indistintamente "partidos", "banderías" y "facciones".

Y lo que sigue que quede no sólo para Ud. sino para quien desee leerlo, pues es una prueba de los tristes momentos que vivimos: no puedo estar al día con las llamadas ciencias auxiliares de la historia ni siquiera con ésta, porque no puedo comprar libros. De ahí, en parte, mis carencias. Ud. me cita el trabajo de Halperin sobre los caudillos. Lo leí porque usted me lo prestó. El libro de Rubén H. Zorrilla lo desconozco. Del ensayo de Julliard, ni idea. Carlitos: los últimos libros que he leído me los regaló Gerard Prost, pro-

fesor francés a quien ayudé y que me obsequió algunos textos y un volumen sobre lo que se está haciendo actualmente en historia en Francia que casi me quita las ganas de volver a escribir. Tan lejos estamos en este momento de la "civilización" y tan cerca de la "barbarie".

Y ahora una queja, o tal vez ya, una discrepancia.

Ud. parece creer que me adhiero "demasiado incondicional" a la tesis de la antigüedad del independentismo uruguayo, filiada en Ramírez, Bauzá, el "mismo" Pivel y el "pobre" Blanco Acevedo. La única excepción "penetrante y equilibrada" habría sido la de Eduardo Acevedo.

Por los autores citados Ud. parece hacer referencia a las polémicas sobre el período 1825-1830. Pues bien, en ese plano, nunca creí en el "pobre" Blanco Acevedo, aunque tampoco en los más pobres revisionistas argentinos que nos hacen nacer de un diktat del imperio británico. La posición de Alfredo Castellanos —que hubiera deseado más matizada— en el tomo 3 de esta colección de Banda Oriental es la que comparto. Creo que Castellanos define con exactitud el sentir de los orientales en 1825, la posterior evolución de ese sentir y los límites de la influencia inglesa, sin dejar de reconocer su peso. Además su referencia a la penetración y equilibrio de Eduardo Acevedo me parece exagerada, incluso si la dejamos reducida a este tema. Ud. mismo me ha señalado —y Pivel en sus clases también lo hacía— que los juicios históricos de Eduardo Acevedo estaban un tanto viciados por su posición personal y sus ataduras familiares. Uno es el Eduardo Acevedo batllista, impulsor del Frigorífico Nacional, nacionalista en el buen sentido, y antiterrorista; y muy otro es el Eduardo Acevedo descreído de la nación y sus posibilidades todavía en 1904. De seguro recuerda su carta al primo, Alfredo V. Acevedo, comentando la revolución saravista, en la que insiste en su deseo de radicarse definitivamente en Buenos Aires pues la atmósfera uruguaya es irrespirable, ya oye a sus hijos embanderarse en las corrientes tradicionales, y sugiere que esa guerra es la prueba de nuestra incapacidad como nación. De ese Eduardo Acevedo, que le daba lo mismo vivir y trabajar en la Argentina que en el Uruguay, que se sentía ciudadano de ambas naciones, no es previsible esperar sobre el tema del independentismo uruguayo posiciones "equilibradas".

Mi idea sobre el sentimiento nacional se desprende de la lectura del Uruguay pastoril. Al estudiar la Guerra Grande dije (p. 6) que "ese sentimiento estaba todavía en proceso de formación...". Al analizar la política de Berro hice hincapié en que su deseo de neutralidad frente al conflicto civil argentino era la comprensión lúcida de que los orientales todavía seguían sintiendo los problemas del vecino como suyos (p. 85); y al enjuiciar la trascendencia de la Guerra del Paraguay, sostuve una vieja tesis, creo que "piveliana", al decir que "la muerte del federalismo provincial representaba para el Estado Oriental la posibilidad plena de ser nación". De todo ello se deduce que a mi entender, la nacionalidad oriental es parte de un proceso, y no nació armada como Atenea de la cabeza de Zeus, de la noche a la mañana, la tesis del "pobre" Blanco Acevedo. En realidad sospecho que en todo esto soy muy poco oriental.

Sólo me resta agradecerle de nuevo sus líneas. No dejaré escapar sus observaciones. Si llegara a producirse una segunda edición —todo puede ser— esté seguro que más de una de sus sugerencias será tenida en cuenta, en especial las que hacen referencia a mis faltas en el manejo de los conceptos políticos.

Dejo esta carta en Banda Oriental para que también ella sea, en cierta medida, pública. Me importaría que alguien leyera el párrafo sobre las carencias que deben soportar los que deseamos hacer algo de historia en este momento. Lo saluda con un abrazo el amigo y el compañero de siempre.

Angel Rama,
amigo y coetáneo

A la muerte de Carlos Real de Azúa

Varias veces he escrito sobre la obra y la personalidad de Carlos Real de Azúa —la última vez el 10 de octubre de 1976 en *El Nacional*, Caracas— y nada menos previsible que esta vertiginosa enfermedad que ha acarreado su muerte. No sólo la amistad se duele, sino la vida intelectual del Uruguay, ya tan empobrecida por el régimen retrógrado que desde 1973 ha venido destruyendo las estructuras educativas y artísticas altamente desarrolladas con que contaba el país, y se duele aún más la tarea intelectual del continente latinoamericano que tenía en Real de Azúa uno de sus conocedores más serios y documentados, uno de sus más agudos e independientes evaluadores. Despojado de sus cargos docentes por la cacería de brujas montada en el Uruguay y retirado del profesorado en la enseñanza media donde había comenzado su carrera, éste era el momento en que esperábamos que Real de Azúa se concentrara en ese mítico archivo donde había acumulado tantos originales, tantos estudios (frecuentemente abandonados por otras exigencias del momento), tantos análisis de la realidad de América Latina y en particular de la cuenca platense, tantos fulgurantes bocetos renovadores de las tesis imperantes en materia de historia, de pensamiento, de crítica literaria, a los cuales proporcionaba luego un aparato documental de tal envergadura y de tales proyecciones universales, que muchas veces él mismo era vencido por esa acumulación y esa incesante floración de sus planteos.

Eso que se ha llamado la imaginación sociológica tuvo en él un brillante exponente y siempre he pensado que no se trató simplemente de un don intelectual recibido gratuitamente, sino de una invención intelectual hija de su temperamento, la que fue construyendo a lo largo de su vida. Esa existencia llena de entusiasmos, posiciones y beligerancias, pronto reconvertidas, estoy por decir escurridas, para adquirir una nueva disponibilidad, sin que esto afectara una raigal conducta moral que hacía de la función intelectual una ética (por lo cual se le podía emparentar al zigzagueante camino de André Gide y a su misma persecución de la autenticidad en un mundo cuya opacidad exigía constantes esfuerzos de reconversión y adaptación) contribuyó a desarrollar un pensamiento siempre crítico, forzosamente independiente, cuyo campo de ejecución sólo podía ser el de la oposición: de ahí que sus mejores contribuciones se desarrollen mediante el enfrentamiento con tesis o sistemas, los cuales sometía a nervioso análisis y los invadía de un pensamiento desarticulante y problematizador.

Pero tal tarea, más que invalidar, corregía, tornaba más complejo el problema, lo dimensionaba sobre otros campos del conocimiento donde sus debilidades se volvían ciertas, mostraba con evidencia las ambigüedades de la historia, sus juegos contrastantes y los equilibrios con que se trazaba su recorrido, enriquecía la perspectiva estética dotándola de una amplificación social o ideológica, distinguía las variables individuales hasta que su crecimiento ponía en entredicho la coherencia de cualquier interpretación generalizadora. Su visible resistencia al espíritu de sistema, que se diría vazferreiriana si no fuera uno de los elementos constitutivos del pensamiento dominante del Uruguay en la primera mitad del XX, acrecentando en



ANGEL RAMA fue un lúcido testigo de su época. Desde el exilio escribió una semblanza de Real de Azúa que debía rescatarse.

el proceso de crisis que se inaugura en 1933 y se desarrolla en las décadas siguientes, impidió que construyera otro, sustitutivo, contribuyó a que en cierto modo aceptara la fundamental lección historicista y culturalista que había desarrollado el país en el primer tercio del siglo, aunque cuestionara la mayor parte de sus soluciones.

Efectivamente, su contribución crítica rotó en torno de dos ejes animadores: la historia y la cultura, como función de esa misma historia, en circunstancias y sociedades determinadas cuya originalidad defendió ardientemente oponiéndose a la aplicación de rejillas importadas que distorsionaban la realidad en beneficio de un orden ficto, clarificador y útil sólo a la acción. Por lo cual debió elegir una marginalidad operativa que le permitiera comprender el complejo proceso histórico en su intrarrealidad (para usar un término de sus educadores iniciales, de Unamuno a Keyserling y Martínez Estrada), cosa que podía cumplir mejor refiriéndose a un pasado lejano visto desde la perspectiva de un puro conocimiento intelectual, que si debía realizarse en el confuso presente. Hablo, es cierto, desde el ángulo de mis discrepancias políticas, es decir, desde mi percepción del proceso histórico, mucho más anclada en la confianza en los esquemas sociales marxistas que la suya, débilmente económica y más instalada en la creencia en el voluntarismo y la originalidad de los hombres como hacedores de ese proceso. Pero también hablo pensando en su misma conducta, que en los años turbulentos de la juventud lo integró al movimiento falangista español, hipnotizado por la personalidad de José Antonio, y dos años después del triunfo franquista lo apartó de esa militancia mediante un libro, *España de cerca y de lejos*, que parecía dar una réplica paralela al libro publicado por André Gide, *Regreso de la URSS*. Otra vez la disponibilidad.

Creo que fue su tendencia culturalista y el imperio que ejerció sobre él la historia, lo que lo condujo gradualmente a alejarse de las artes y la literatura, transformándose en un analista del pensamiento y la política uruguayos y latinoamericanos y, de hecho, en un crítico de la cultura. La fascinación por la historia no sólo fue conse-

cuencia de la orientación latinoamericana en ese período marcado por el magisterio de Pedro Henríquez Ureña, sino también una particular inclinación de Real derivada de su percepción de la vida familiar y de esos valores que llamamos "tradicionales" cuya alta significación sólo parece concederse íntegramente a aquellos que se sienten unidos al movimiento histórico prolongado de la nacionalidad por la tarea de sus ancestros. Desde este punto de vista es comprensible que ni yo ni mi hermano Carlos (para evocar su rudo enfrentamiento ideológico con Real), hijos de campesinos españoles inmigrantes que se integraron a la nacionalidad uruguaya en el seno del proletariado aluvional de los años veinte de donde surgió una baja clase media, nos sintiéramos concernidos en la misma forma por la totalidad del pasado nacional, ni dispusiéramos de una estimación (más sensible que intelectual) por los elementos históricos que se opusieron a la que entendíamos era la línea del progresismo, la que del liberalismo principista encarnaba en el batllismo y se expandía en el socialismo o al menos en el sindicalismo del XX. Real vivió esa totalidad del pasado histórico desde una cierta intimidad aristocratizante, con nostalgias que refrenaba mediante el análisis crítico, saboreando lo particular de las conductas individuales, comprendiendo, por lo tanto aceptando, aunque también juzgando, la oligarquía del XIX. Algo de eso compone la excelencia de su libro *El patriado uruguayo* y no deja de parecerme significativo que en aquella misma colección de la cooperativa editorial Asir (60 o 61) en que apareció, yo publicara un conjunto de estampas, *Tierra sin mapa*, con esta dedicatoria: "Quisiera poder escribir en el sobre de este envío: 'A mi madre, cielo de Galicia' y que llegara a su destino". Ese libro, que me consta Real siguió trabajando y rehaciendo, aunque sin decidirse a autorizar una segunda edición como le pedíamos, es algo más que una vivaz reconstrucción de una clase y de su período histórico: es una convivencia interpretativa, como habría podido hacer un romántico de la escuela de Thierry si estuviera dotado de un lúcido aparato crítico moderno y si creyera que nada debe concederse al emocionalismo porque en una estética aristocráti-

ca sólo debe traducirse una estructura intelectual y normativa. Las limitaciones que en cambio percibí en *El impulso y su freno*, aunque se trata del mayor esfuerzo de comprensión de Real por el movimiento emergente de las clases medias y artesanas que acaudilló Batlle y Ordóñez en las primeras décadas del XX, creo que derivan del menor grado de placentero adentramiento en una materia y forzoso es reconocer el alto grado de hedonismo que circula por la ensayística de Real de Azúa y enciende su escritura.

El fue marcado, desde la adolescencia, por el encantamiento de la belleza que está en el nacimiento de todo artista. Pudo ser escritor, pues esa fascinación se ejerció, para él, a través de la palabra: era la lengua castellana, la gran tradición hispánica del arte, una sensibilidad placentera por un léxico a veces atrabiliario. Pero, de conformidad con un modelo que estableció Freud para comprender a Leonardo, necesitó pasar del reino de la belleza al del conocimiento. Desconfianza o temor de sí mismo, ansia de comprender y de desentrañar el significado oculto del mecanismo (o juguete) que tenía entre las manos, búsqueda de un orden normativo que equilibrara el desorden gustoso de los sentidos, podría adelantar varias explicaciones de ese tránsito que hizo de él un crítico y profesor de literatura y luego, con la ayuda de los años, un crítico de la cultura, del pensamiento, y lo que llaman con fea palabra los mexicanos, un politólogo. Pero este nuevo horizonte en que produjo sus mejores trabajos no aniquiló ese subyacente ámbito formativo: hubo siempre en él un esteticista, aun más que un gustador de la belleza literaria, y un esteticista que rayó en el nihilismo propio de esta tendencia.

Es el lugar del placer, que tantas veces queda oculto en la actividad intelectual del ensayista y el investigador, un placer que podía ser desdoscado y frívolo, abrupto y desmedido como el de un niño, autorizándole a recuperar esa imaginación libérrima infantil que se rehúsa a las imposiciones rígidas y responsables, concediéndole pasiones inseguras pero voraces, entusiasmos desmelenados, materias todas sobre las que luego se ejercía, a veces condenatoriamente, su mismo espíritu crítico. En esa confusa amalgama viven algunos de sus mejores ensayos literarios, como es el caso de los dedicados a José E. Rodó, autor de quien pudo sentirse cerca más por analogías vitales que por afinidades intelectuales, y al que supo leer realmente desde dentro de su organización intelectual y de su vasta lectura de época. Hay una evolución en su atención crítica por Rodó, de la cual el último testimonio son los dos extensos prólogos que a mi pedido preparó para la edición de *Ariel y Motivos de Proteo* de la Biblioteca Ayacucho, este último partiendo del que hiciera para la Biblioteca Artigas.

A este último tipo de ensayos pertenece "El modernismo literario y las ideologías" que creo es uno de sus últimos trabajos y preparó para la mesa redonda que organicé en el XVIII Congreso del Instituto de Literatura Iberoamericana realizado en la Universidad de Florida (Gainesville) en marzo 77. Un ejemplo paradigmático de su forma arborescente de trabajar que hizo el padecimiento de linotipistas y correctores del semanario *Marcha* durante años (hasta el punto de hacerle una huelga a sus colaboraciones) pues las pruebas eran objeto de incesante reescritura y ampliación, lo que obligaba a rehacerlas íntegras a partir de un manuscrito escrito hasta los bordes y lleno de tachaduras y enmiendas. La consigna que le di fue escribir no más de diez páginas, aun a sabiendas de que se aprovecharía de la imprecisión del término "páginas" y usaría las de formato oficio, escribiendo a un renglón de borde a borde. No prevé que encontraría, en la normal libertad para las notas bibliográficas, la posibili-

dad de desarrollar toda suerte de incisos y complementos, escribiendo otras veinte páginas que de hecho vienen a ser parte de un ensayo que escamotea sus reales dimensiones. Pero había trabajado con una asiduidad que no es de norma en estos encuentros y sus ambiciones siempre fueron desmesuradamente mayores que las coyunturas a que se veía obligado, resultando incentivadas por su notoria incapacidad para una formulación sintética y lineal. Los "pero", los "como", los "sin embargo", los "aunque", se habían constituido en obligadas bisagras de un pensamiento que resistía tenazmente el esquema clarificador y obligadamente restrictivo y en cambio procuraba hacer justicia a la multiplicidad, al cambio, a las variables, abarcando a brazadas la totalidad. Se trataba además de un asunto que venía preocupándolo de antaño y sobre el cual creo que debe haber dejado, entre sus papeles, extensas anotaciones y redacciones fragmentarias. En su última carta, días antes de su muerte, me prometía otro trabajo sobre el tema "cuando tenga el resuello que ahora me falta. Por supuesto que no estaré obligado a usarlo y menos a que te guste. Pero tengo demasiado apego a mis ideas sobre rococó y modernismo, etc., como para no debitarlas por lo menos una vez. El único peligro es que la categoría me cubra toda la literatura universal como le pasó a Hauser con el manierismo aunque en verdad creo que tiene una capacidad de encuadre mucho más amplia de lo que suele pensarse".

Pocos ensayistas tan empecinadamente productivos como Real de Azúa, a pesar de su gusto por la sociabilidad y aun la mundanidad, su manera divertida y chismosa, caprichosa y antojadiza, de las relaciones sociales, su recorrida de tantos niveles distintos que corría de la atracción de un personaje proustiano. Los libros que publicó, incluyendo su vasta antología de la crítica uruguaya, sus múltiples panoramas de las letras del país que parecieran señalarlo como el reemplazante (y modernizador) de la tarea historiográfica cumplida por Alberto Zum Felde, y su única recopilación de ensayos sobre temas americanos aparecida en *Arca* el año pasado, *Historia esotérica e historia visible*, no dan la medida de la vastedad de su trabajo intelectual que ni siquiera puede percibirse en los múltiples artículos y ensayos que desperdigó en tantas revistas y que sólo podrá medirse cabalmente cuando se edite su archivo personal, celosamente guardado por años. Se percibirá entonces que fue uno de los ensayistas claves de América Latina, a pesar de que su nombre trascendió poco las fronteras de su país y de que sólo mediada su carrera extendió a otras áreas del continente la investigación histórica y estética que había concentrado sobre la región platense a la que perteneció raigalmente.

Se podría seguir hablando de su trabajo (y si dispusiera de sus libros y de las revistas en que publicó, podría intentar el escudriño de su evolución, como en aquellos vertiginosos obituarios a que me forzó el semanario *Marcha*) pero comprendo también que transfiero al orden intelectual un oscuro deseo: rehacer la comunicación con un amigo perdido, perdido además en plena oscuridad de su país donde no se escribió una línea en los periódicos para dar cuenta de esta enorme pérdida intelectual, injustamente desaparecido cuando era él uno de los que mejor había visto el proceso político uruguayo (su excelente ensayo en el volumen de *Siglo XXI Uruguay hoy*) y uno de los intelectuales a quienes correspondería el balance lúcido, una vez concluida la noche. No es excesivo poner esta muerte en la cuenta de las penas que debemos al militarismo torpe que se ha apoderado del Uruguay.

Angel Rama

Caracas, 27 de junio de 1977.